

# La página viva Esta oscura desbandada...

José de la Colina

*Todos los que vivimos en este planeta somos un inmenso tropel que marcha oscuramente hacia la nada. Nos rodea una Naturaleza inconsciente, impasible, perecedera como nosotros, y que no nos entiende ni nos ve ni nos permite esperar auxilio ni consolación. Para orientarnos en el vendaval que nos arrastra sólo contamos con un secular consejo, sagrado fruto de toda la experiencia humana: "¡Ayudaros unos a otros!". Y sea entonces que, en la tumultuosa caminata en la que se entretejen innumerables pasos, cada uno ofrezca la mitad de su pan a quien pasa hambre, comparta su manta con quien tiembla de frío, acuda a sostener con el brazo a quien va a caer, evite pisar a quien ya ha caído; y, si alguno caminase mejor abastecido y fuerte que los demás pero necesitado de la solidaridad de las almas, sea que las almas se abran y derramen simpatía hacia él... Sólo de este modo lograremos dar alguna belleza y alguna dignidad a esta oscura desbandada hacia la Muerte.*

Eça de Queiroz,  
*Epistolario de Fadrique Mendes.*

Traducción de J. de la C.

\*\*\*

Considerable *best-seller* de su tiempo entre los escritores europeos e iberoamericanos y hoy inmerecidamente poco leído, el gran novelista Eça de Queiroz (Pavoa de Varzin, Portugal, 1845–París, 1900), autor de

*La ilustre casa de Ramires*, de *La ciudad y las sierras*, de la novela detectivesca *El misterio de la carretera de Cintra* y de *El crimen del padre Amaro*, fue, mucho antes de su futuro compatriota Fernando Pessoa y del poeta español Antonio Machado, un inventor de esos fantasmas literarios, de esos avatares del *alter ego* que son los heterónimos. El acaso más vivo entre sus personajes inventados es aquél a quien el novelista, en una carta a un amigo realmente existente, describía como un “hombre distinguido, un poeta, un viajero, un filósofo en las horas perdidas, un *gentleman dilettante* y voluptuoso”.

Quizás enfundado en suntuosa bata y con el rostro centelleante por un monóculo como aquél de los retratos de su creador y escoliasta, el dandi Fadrique Mendes discurría en ráfagas de prosa acerca de la necesidad o la inutilidad de la aventura, de los dudosos valores espirituales y morales establecidos en la sociedad portuguesa, de caníbal congoleña con quien decía haber maravillosamente copulado a punto de ser devorado, de la incierta, discutible y a final de cuentas imprescindible idea de la inmortalidad del alma, de cualquier asunto de gastronomía portuguesa o cosmopolita o de algún trivial suceso acaecido en cualquiera de las calles de Lisboa e inmediatamente comentado en torno de las mesas adláteres a la acera de un Café también lisboeta (¿quizás el mismo donde ahora Eça está presente, sentado en formato de estatua metálica?).



Eça de Queiroz / ¿Fadrique Mendes?

Dizque carteándose con su hijo de ficción, De Queiroz logró en el *Epistolario de Fadrique Mendes* una obra clásica de la lengua portuguesa, una suerte de digresiva novela sin central acción y uno de los más bellos libros inclasificables de la literatura mundial. Con esta obra miscelánea y divagatoria, hermana del *Sartus Resartus* de Carlyle, del *Tristram Shandy* de Laurence Sterne, del *Juan de Mairena* de Antonio Machado, puso en pie, en su imaginación y en la nuestra, a ese pensador que, pese al monóculo irónico, no carecía “de una piedad que yacía en el fondo de su alma como manantial de agua pura en tierra rica, y siempre pronto a brotar”. Ése es el tono de esta página que supondríamos tomada de un sermón descendido del púlpito pero que vibra con una retórica a la vez lírica y enérgica, oscilando entre la ironía y la compasión, entre la quimera y el nihilismo, entre las palabras *Muerte* y *Nada*. **U**

El tono de esta página vibra con una retórica lírica y enérgica, oscilando entre la ironía y la compasión.